

LA CANCIÓN DEL
GLADIADOR
PAUL DOHERTY

Título original: *The Song of the Gladiator*
Editado en Reino Unido por Headline Book Publishing
A division of Hodder Headline
338 Euston Road
London NW1 3BH

Primera edición: 2011

© Paul Doherty, 2004
www.pauldoherty.com
© traducción: Juan Miguel Lobo, 2011
© de esta edición: Bóveda, 2011
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-937430-9-3
Depósito legal: M-XXXXXXX-2011
Impresión: Dédalo Offset, S. L.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PERSONAJES PRINCIPALES	11
INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO 1	19
CAPÍTULO 2	57
CAPÍTULO 3	87
CAPÍTULO 4	117
CAPÍTULO 5	145
CAPÍTULO 6	179
CAPÍTULO 7	209
CAPÍTULO 8	237
CAPÍTULO 9	275
CAPÍTULO 10	303
CAPÍTULO 11	337
CAPÍTULO 12	367
CAPÍTULO 13	395

*Para Angela Francescotti,
con toda mi gratitud.*

PERSONAJES PRINCIPALES

EMPERADORES

DIOCLECIANO: Anterior emperador, ahora retirado.

MAJENCIO: Anterior emperador de Occidente, derrotado y muerto por Constantino en el puente Milvio.

CONSTANTINO: Nuevo emperador de Occidente.

ELENA: Madre de Constantino, emperatriz y augusta.

LICINIO: Emperador de Oriente.

OFICIALES DEL IMPERIO

ANASTASIO: Sacerdote cristiano y escribano al servicio de Elena.

BURRUS: Guardia personal de Elena.

CRISO: Cabecilla de los agentes de Constantino.

LA VILLA PULCRA

GAYO TULIO: Capitán de la Guardia.

ATANASIO,
JUSTINO,
SÉPTIMO Y
DIONISIO: Oradores.

NARCISO: Esclavo.

TIMOTEO: Maestresala.

MELEAGER: Gladiador.

RUFINO: Banquero mercantil, amigo personal de Constantino.

LA IGLESIA CRISTIANA

MILICIADES: Papa, obispo de Roma.

SILVESTRE: Asistente de Miliciades, principal sacerdote de la comunidad cristiana en Roma.

EN LA TABERNA LA BURRA

- POLIBIO: El propietario.
POPEA: Su concubina.
OCÉANO: Ex gladiador.
JANUARIA: Sirvienta.
CLAUDIA: Sobrina de Polibio.
MURANO: Gladiador.
SIMÓN: El estoico.
PETRONIO: El proxeneta.
SALUSTIO: El husmeador.
ESPICERIO: Gladiador.
VALENS: Antiguo médico del ejército.
AGRIPINA: Novia de Espicerio.
DACIUS: Cabecilla de una banda.

INTRODUCCIÓN

SEGÚN CUENTAN LOS EVANGELIOS, DURANTE EL JUICIO de Cristo Pilatos quería dar libertad al prisionero. Le hizo cambiar de opinión un grito que le advirtió de que se buscaría la enemistad del César. Según dicen los historiadores, Pilatos reconoció enseguida la amenaza. Todos los gobernadores y oficiales romanos se sometían al escrutinio de los agentes secretos del emperador, los *agentes in rebus*; literalmente, «los que hacen las cosas». El Imperio romano contaba con una fuerza policial, tanto militar como civil, con marcadas diferencias entre las distintas regiones, aunque no sería exacto afirmar que el Imperio contaba con un cuerpo semejante a nuestro actual Departamento de Investigación Criminal. En lugar de eso, el emperador y sus principales políticos pagaban grandes sumas a una legión de informadores y espías. Frecuentemente, estos eran difíciles de controlar, como en cierta ocasión comentó irónicamente Walsingham, el espía principal de Isabel I: «No estaba completamente seguro de para quién trabajaban sus hombres, si para él o para la oposición».

Los *agentes in rebus* eran una especie aparte entre esta horda de recolectores de chismes, contadores de historias y, en ocasiones, informadores extremadamente peligrosos. El emperador los utilizaba, y su testimonio podía dar al traste con una prometedor carrera. Esto se aplicaba fielmente al sangriento periodo bizantino, al comienzo del siglo cuarto de Nuestro Señor.

El emperador Diocleciano había dividido el Imperio en dos mitades, la oriental y la occidental. Cada división contaba con su propio emperador y un gobernador, que recibía el título de César. El Imperio se resentía por las dificultades económicas y las constantes incursiones de las tribus bárbaras. Su religión oficial se veía amenazada por la floreciente religión cristiana, que hacía sentir su presencia en todas las provincias y en todos los estratos sociales.

En el año 312 AD un joven general, Constantino, con el apoyo de su madre Elena, mujer nacida en Britania, que coqueteaba ya con la Iglesia cristiana, centró sus miras en el Imperio de Occidente. Desfiló hacia el sur de Italia para enfrentarse a su rival en el puente Milvio. Según el relato de Eusebio, biógrafo de Constantino, el aspirante a emperador tuvo una visión de la cruz sobre las palabras «*In hoc signo vinces*» («Con esta señal, conquistarás»). Como continúa la historia, Constantino instó a sus tropas a que adoptaran el símbolo cristiano y consiguió una aplastante victoria. Derrotó y dio muerte a Majencio y desfiló triunfalmente hasta Roma. Constantino era ahora el nuevo emperador de Occidente y su único rival era Licinio, que gobernaba el Imperio Oriental. Fuertemente influenciado por su madre, Constantino tomó las riendas

del Gobierno y comenzó a negociar con la Iglesia católica, dando así fin a siglos de persecución. Sin embargo, las intrigas y asesinatos seguían estando a la orden del día. Había multitud de asuntos pendientes en Roma, y los *agentes in rebus* tenían las arcas repletas. Elena favorecía a la Iglesia cristiana, pero pronto cayó en la cuenta de que la conspiración y el asesinato eran tan comunes entre ellos como en la corte...

CAPÍTULO 1

*«Pallida mors, aequo pulsat pede
pauperum tabernas regumque turres».*

(«La pálida muerte golpea indistintamente en las chozas de los pobres y en las torres de los reyes»).

HORACIO, *Odas*, 1.4

«**I**UGULA! ¡MÁTALO!» SE ELEVABA AL CIELO EL clamor de la multitud, hacinada en el anfiteatro polvoriento y plagado de pulgas. El día estaba siendo muy caluroso. El sol del verano, implacable demonio del cielo azul, golpeaba con fuerza sobre los espectadores, cuyo apetito por la sangre se había despertado y ahora pedían más. En el anfiteatro, dos hombres luchaban por su vida, amagando y escurriéndose en la arena, envueltos en sudor, con la garganta tan seca como el polvo que pisoteaban.

El editor o promotor de los juegos, el banquero Rufino, había realizado un gran esfuerzo para mantener lo más frescos posibles a sus decenas de miles de invitados. Un complicado sistema de poleas y cuerdas extendía un enorme toldo de lana sobre el anfiteatro, proporcionando una sombra exigua, mientras unos aspersores especiales extendían un agua perfumada que calmaba ligeramente la sensación de bochorno del público. Sin embargo, Rufino no debía preocuparse. El calor, la sed, el polvo y el despia-

dado sol no eran obstáculo para la insaciable sed de sangre de la multitud. Muchos de ellos llevaban allí desde antes del amanecer y, tras la espera, habían accedido al recinto por medio de unos vomitorios de colores ocre y negro, que se dividían en una serie de pequeños túneles cavernosos que conducían a los espectadores hasta las localidades numeradas. Cada recién llegado portaba en su mano el apreciado trozo de hueso con el número que le había sido asignado. Muchos de estos lo había distribuido gratuitamente el promotor. Rufino se esforzaba al máximo para complacer a la multitud romana; no por él, sino por el nuevo emperador Constantino, que se había hecho con la toga púrpura imperial hacía unos dieciocho meses y que ahora se disponía a saborear los frutos de su victoria.

En un extremo del anfiteatro, sobre el podio, se alzaba el palco imperial, profusamente decorado. De su parte frontal y sus extremos colgaban unas preciosas telas púrpuras, entrelazadas por delicadas ramas de hiedra pintadas con tonos dorados. La multitud estaba tan absorta observando la lucha de los dos gladiadores que apenas reparó en Rufino, sentado junto a su emperador, o en la persona que descansaba al otro lado de Constantino: «*Elena augusta atque pia mater*», la «noble y sagrada madre» del emperador.

El propio emperador no prestaba atención a los juegos, mostrando un semblante duro y sumido en la concentración: la punta de la lengua asomaba entre la comisura de sus labios. Agitaba sobre su regazo una bandeja de lectura y leía los numerosos documentos que Criso, su chambelán imperial de mofletudo rostro, le iba ofreciendo para

someterlos a su escrutinio. Elena realizaba una actividad similar, estudiando los informes que le iba pasando su secretario personal, Anastasio, el sacerdote cristiano. Elena empleaba a Anastasio no solo por sus vínculos con la nueva fe, sino también porque era un hombre culto, instruido en las lenguas griega y romana. Sobre todo, se trataba de un hombre sumamente discreto: no podía hablar, pues los torturadores imperiales le habían cortado la lengua durante las recientes persecuciones.

Elena estudiaba el trozo de pergamino que descansaba sobre su regazo, el informe de un espía del consejo de la ciudad de Corinto sobre ciertas maniobras navales. Se masajeaba el muslo con los dedos, un gesto más que evidente de que su calculadora mente barruntaba algún problema. Su hijo amado era ahora el emperador, al menos del Imperio Occidental, pero en Nicomedia acechaba el advenedizo Licinio, autoproclamado emperador de Oriente. Elena entornó los ojos y miró a los gladiadores que luchaban en el anfiteatro.

«Uno de ellos lo está pasando mal», susurró para sus adentros. Se apoyó contra la balaustrada. Sí, el reciario, el luchador de cabellos dorados con la red de pesca, había recibido una aparatosa herida en su hombro derecho y comenzaba a ralentizar sus movimientos.

Elena contemplaba a los gladiadores, pero su mente estaba en otro sitio. A decir verdad, su hijo Constantino y Licinio eran, en realidad, como dos gladiadores, luchando por el mayor premio del mundo, un Imperio que se extendía desde el gran océano occidental hasta el mar Negro, desde las candentes arenas del norte de África hasta los

helados bosques que flanqueaban el Rin. Por el momento, ambos se limitaban a observarse, buscando algún signo de debilidad. Tarde o temprano, más bien temprano que tarde, Constantino tendría que hacer frente a su oponente. ¿Trasladaría sus ejércitos hacia el este, o sería Licinio el que invadiera el oeste? ¿Tendrían un precio las tropas de Licinio? ¿Podría seducir a sus oficiales para que traicionaran su alianza?

Elena se mordió el labio inferior. ¿Sería, quizá, más fácil envenenar a Licinio con unas gotas de poción mezcladas con su vino? Pero, ¿qué ocurriría entonces? ¿Habría otro levantamiento? Volvió a estudiar los informes. Definitivamente, la elevada actividad en la corte de Licinio era una evidencia clara de que planeaba algo. ¿Y qué se proponía su flota, concentrada en la bahía de Corinto? ¿Maniobras militares? ¿O estaría preparándose para la batalla? Junto a ella, Constantino bebía su vino con rapidez, y Elena le propinaba un toque de atención con el codo. Como era habitual, su hijo se giraba y simulaba estar enfadado, pero eso no preocupaba a Elena. Se mostraba orgullosa de su temperamento templado y frío; de esa forma había sobrellevado al padre de Constantino, además de a los sacerdotes insolentes y a los oficiales amotinados del ejército.

Los cabellos grises de Elena se encontraban recogidos según la moda tradicional, y llevaba un mantón púrpura y dorado sobre sus hombros que contrastaba con su simple toga de lino de color blanco níveo. No lucía joya alguna en su atuendo, a excepción de un anillo de amatista sobre el dedo meñique de su mano izquierda. Se había descalzado de sus elaboradas sandalias españolas y se relajaba introdu-

ciendo los pies en un baño con agua fresca perfumada que le había preparado un esclavo. Como veterana de las campañas de su marido y de su hijo, jamás olvidaba el consejo de un viejo soldado: «Si quieres mantenerte fresca, humedécete la nuca e introduce los pies en una vasija con agua fría». No llevaba maquillaje, ni pinturas de ningún tipo sobre su rostro alargado, sus sobresalientes mejillas, sus profundos ojos negros, su nariz respingona, su generosa boca o su mentón prominente. No encontraba sentido a tal ornamento; quería mostrarse severa y dar esa apariencia. Algunos susurraban que carecía de gusto; después de todo, no era más que la hija de un tabernero. Elena no prestaba la menor atención a tales habladurías, y la única concesión que hacía a la moda era depilarse las cejas y ponerse algo de carmín en los labios. Se complacía en imitar a las matronas guerreras de la antigua Roma. Y, lo que era más importante aún, como había confesado a su hijo: en público, el calor hacía que incluso los cosméticos más caros se escurriesen.

Elena desvió la mirada hacia las mujeres que tenía a su espalda y esbozó una deslumbrante sonrisa. Estúpidas fulanas, ¡sus rostros se asemejaban ahora a los de las guerreras germanas! Muy bien. Se giró de nuevo, estiró los dedos de los pies y propinó otro codazo a su hijo. ¡Le había dicho mil veces que no se hurgara la nariz en público! Le entregaron un nuevo documento. Apretó el brazo de Anastasio y le habló muy despacio, para que pudiera leer sus labios. El sacerdote respondió enseguida con unos signos que Elena confiaba ser la única en entender. Paseó la mirada por el anfiteatro. Bien, la multitud seguía gritando al pobre bastardo que se arrastraba sobre la arena. Elena

prefería que la muchedumbre dirigiese su mirada al espectáculo en vez de al palco imperial. Codeó ligeramente a su hijo para que prestase mayor atención. Al gentío no le gustaba pensar que los grandes, los señores de la túnica púrpura, no disfrutaban de la carnicería y del baño de sangre que proporcionaban los juegos.

—¿Constantino?

El emperador la ignoró, abstraído en una acalorada conversación con Rufino.

—¿Querido hijo? —El emperador continuó dándole la espalda—. ¡Constantino! —gritó Elena—. ¡No me vuelvas la espalda! Deja de cuchichearle cosas a Rufino y echa un ojo a la multitud.

—Madre —Constantino giró el rostro, mostrando una inaceptable barba incipiente, la frente empapada de sudor y unos ojos azules cansados y enrojecidos.

—Constantino, has estado bebiendo. Has pasado demasiadas noches de fiesta con tus oficiales.

El emperador miró intensamente a su madre mientras amainaba el clamor del público. Enseguida comprendió la razón: el gladiador caído había recuperado el aliento y se había librado de su oponente, al que había cogido desprevenido. Había pensado que su rival estaba acabado y desvió la vista hacia el palco imperial. Ahora, el luchador de la red volvía a estar en guardia, y la multitud se llenó de satisfacción ante el imprevisto recrudecimiento de la lucha.

—Sacerdotes —susurró secamente Constantino.

—¿Qué ocurre con ellos? —preguntó intrigada Elena. De repente, había dejado de preocuparle que Constantino ignorase a la multitud.

—Sacerdotes cristianos —respondió Constantino—. Han vuelto a las andadas, madre. Los cristianos discuten entre sí por oscuros asuntos de su doctrina.

—¡Simples palabras!

—Ha habido un altercado en Ostia —declaró Constantino—, entre los adeptos de dos sectas. Aparentemente, luchaban por la concepción de la idea de Dios. Si Jesucristo se hizo hombre, ¿comparte, entonces, la misma esencia que Dios Padre? —Los gruesos dedos de Constantino retiraron el sudor de su frente—. Quieren que sea yo el que resuelva este asunto, aunque no entiendo ni una maldita palabra. Quizá deberíamos traer a esos estúpidos bastardos al anfiteatro, para que zanjaran sus diferencias.

—¡Constantino!

—Mil perdones, madre.

—No bebas tanto.

—Por supuesto que no, madre.

Constantino suspiró profundamente, se giró hacia un sirviente y le acercó la copa para que la rellenase de vino tinto.

Elena sacudió la cabeza y volvió la vista hacia el ruedo. Una brisa repentina agitó ligeramente los toldos. Elena observó a la multitud. En las gradas se ofrecía una completa representación del Imperio. En los escalones más bajos del anfiteatro, separada del resto por un muro, se sentaba la aristocracia, con su blanca vestimenta. Encima de ellos se divisaban las túnicas oscuras de aquellos de inferior rango. Por último, los pobres, procedentes de los suburbios, se veían relegados a la zona más alta. «Ellos son el problema», reflexionó Elena mientras agitaba vigo-

rosamente su abanico, «las decenas y decenas de miles de pobres que habitan Roma y las demás ciudades importantes del Imperio». ¿Qué habría que hacer para unirlos a todos, para mantenerlos cohesionados, para que adorasen a su emperador? Se habían sucedido guerras civiles durante décadas. ¿Lo conseguiría el cristianismo? Elena esbozó una sonrisa.

La nueva fe emergía de las catacumbas de Roma con su doctrina radical, que aseguraba que Dios se había hecho hombre, había muerto en la cruz y se había levantado de entre los muertos. Cristo traía el nuevo mensaje de que todos los hombres eran iguales. Se prometía la vida eterna a todos ellos, incluso a los esclavos, si seguían los preceptos del crucificado. ¿Qué otra fe podía prometer algo parecido? Los antiguos emperadores habían visto en el cristianismo una amenaza, y lo habían hostigado con ahínco. Constantino lo había cambiado todo. Era un general ambicioso; había conducido a sus legiones desde Britania para presentar batalla al antiguo emperador, Majencio, y le había derrotado en la batalla del puente Milvio. ¡Allí había empezado todo!

Elena continuó abanicándose con fuerza. Siempre se había cuestionado la veracidad de esa historia. Preguntaba insistentemente a su hijo, una y otra vez, para que le contara lo que había sucedido en realidad. Si Constantino profesaba alguna fe, era la del culto al sol. Sin embargo, antes de aquella fatídica batalla había soñado que Cristo se le aparecía y le ordenaba que sus soldados portaran sobre sus escudos los símbolos de ji y del ro, las primeras dos letras de la palabra griega *Christos*, «el Elegido», Jesús

de Nazaret. Al siguiente día, Constantino había tenido otra visión, de una cruz negra con un potente sol a su espalda, y bajo ella las palabras «Con este signo conquistarás». ¿Había experimentado en realidad tal visión, o era un simple producto de su imaginación calenturienta? Constantino podía actuar como un rudo soldado, ser tan tosco como una mula, pero en el fondo era un soñador. Cuando niño sufría ataques, se quedaba ausente, como si contemplase algo que Elena no podía ver.

Elena cerró de golpe el abanico. ¡La visión se había producido en realidad! Su hijo había sido proclamado emperador de Occidente, señor de Roma. Había exterminado a sus oponentes. Un día marcharía hacia Oriente, presentaría batalla a ese bobo borracho de Licinio, lo haría añicos y se proclamaría *imperator totius mundi*, emperador de todo el mundo.

A pesar de todas sus visiones, Constantino no había cambiado ostensiblemente: seguía siendo el mismo soldado sudoroso y deslenguado que engullía jarras de vino, comía demasiado y tocaba el culo a las cortesanas. Sin embargo, a su manera sí que había cambiado: se hizo más dependiente de Elena. Una vez que sus legiones entraron en Roma, ella, junto con Anastasio, se puso al frente de los *agentes in rebus*, esa horda de espías y agentes secretos que controlaba el Imperio, dentro y fuera de sus límites. Elena había tomado las riendas del poder, determinada como estaba a endurecer el mandato de su hijo y dispuesta a llegar a un entendimiento con la poderosa religión cristiana. Si pudiera controlar esto, se aseguraría el control de las masas. Había iniciado unas conversaciones se-

cretas con Miliciades, el líder cristiano en Roma, y con su lugarteniente Silvestre, el locuaz sacerdote de cabellos plateados.

Quizá, con el tiempo, el Imperio alcanzase un entendimiento con esta fe radical.

—Madre, madre —Constantino se inclinó hacia ella, agitándole ligeramente el brazo—, no debes quedarte dormida.

—No me estoy durmiendo —respondió—, estoy deseando librarme de este condenado calor. Quiero abandonar Roma —dijo, mirando a su hijo—. Deberíamos ponernos en marcha pronto...

—Ah, la Villa Pulcra —bromeó Constantino—. La preciosa villa, refrescada por la brisa de las colinas. No te preocupes, madre, estaremos pronto allí —el emperador guiñó un ojo—. Y puedes llevarte a todos tus amigos contigo.

Elena sabía perfectamente a quiénes se refería. Constantino había garantizado la tolerancia para los cristianos, pero ahora la nueva fe generaba sus propios problemas internos. A Elena le rechinaron los dientes. Problemas, siempre había problemas.

—Madre, mira —Constantino estaba decidido a burlarse de Elena—, parece que la pelea llega a su fin.

El reciarío de cabellos dorados, vestido con una falda con bordados plateados, protecciones en ambas piernas y en el brazo izquierdo y con el hombro cubierto con una placa de bronce, no había tenido suerte. Intentó acabar abruptamente la pelea. Estiró el brazo en el que había liado su red y la lanzó hacia su oponente. La red, de unos

dos metros de superficie y lastrada con unos pesos en los extremos, debía haber atrapado a su oponente, un tracio ataviado con una pesada armadura, un casco con visera y un penacho amarillo de crin de caballo. Pero el tracio había sido más rápido. Consciente de la red y de la velocidad de su oponente, más ligero de peso, fue retrocediendo lentamente, y cuando la red se desplegó en el aire la atrapó con su escudo y tiró fuertemente de ella, tratando de acercar al rival hacia la punta de su espada. El reciario se apresuró a deshacerse de su tridente y sacó su puñal para liberarse. Seguidamente, recogió el tridente con ambas manos, retrocediendo hacia la pared del podio. El tracio le siguió, pateando el suelo y lanzándole arena a los ojos. El hombre de la red estaba acabado; ahora estaba atrapado. La multitud elevó un clamor para que la lucha llegara a su fin, pero el tracio permaneció en guardia. El calor era intenso. Ninguno de los dos había bebido agua en las últimas horas, y el reciario sangraba profusamente, perdiendo la fuerza por sus heridas. De pronto, le abordó el pánico. Podía sentir cómo se debilitaba por momentos, así que reunió fuerzas para lanzar un contraataque desesperado y arrojó su arma hacia el pecho de su oponente. El tracio desvió el arma con un fuerte golpe que lanzó el tridente por los aires y clavó su espada en el cuello del luchador de la red. La lucha había concluido. El reciario se desplomó sobre la arena, sangrando abundantemente por sus múltiples heridas. Esta vez, el tracio quería asegurarse. Se puso en pie sobre el cuerpo de su oponente entre el rugir del público.

«*Hoc habet! Hoc habet!* ¡Acaba con él!».